

Antes de empezar*

En 1931, la política colonialista de Francia está en pleno apogeo y encuentra poco cuestionamiento. Se otorgan a la colonización muchos beneficios políticos, económicos y humanistas, con la absoluta convicción de que permite a los territorios conquistados «salir de las tinieblas».

En aquella época, hacía unos ochenta años que Nueva Caledonia era una colonia de Francia. La Administración

* El término peyorativo *canaco* (en francés, *canaque*) procede de la palabra *kanak*, que significa ‘hombre’, adaptada a la ortografía francesa en tiempos de la penitenciaría en Nueva Caledonia. No fue hasta los años setenta del siglo xx cuando se restableció la ortografía *kanak*, cambio impulsado por el líder independentista J. M. Tjibaou. En esta novela, situada en los años treinta, se usa por tanto la ortografía de la época.

francesa había encerrado a los *kanaks* en reservas, entregando las mejores tierras a los colonos y a los antiguos presos (entre 1864 y 1924 la isla sirvió sobre todo como penitenciaría a la que Francia enviaba criminales y deportados políticos, entre otros, los de la Comuna de París). Un estricto Código Indígena sometía a los oceánicos a impuestos y a múltiples prohibiciones y trabajos forzados; igualmente, se pretendía erradicar la cultura y el sistema de creencias *kanak*.

Esta historia se basa en hechos reales, aunque esté novelada (de ahí los pequeños cambios en los nombres de los principales protagonistas): la exhibición de un centenar de *kanaks* en un cercado del Jardín de Aclimatación de París.

En aquel momento, Europa ya contaba con una larga tradición de exposiciones de poblaciones indígenas, que constituían oportunidades para que la ciudadanía, que no viajaba, viera a ese «otro» que tanto le intrigaba, realizase estudios «científicos» sobre la «raza» y «confirmase» las teorías sobre la superioridad del hombre blanco. Sin embargo, el Estado ya no desea verse asociado a esa clase de exhibiciones «sensacionalistas» que presentaban a aquellas poblaciones como salvajes o primitivas, por motivo de que esas «monstruosidades» le parecen indignas de la misión educativa que se lleva a cabo en las colonias. Por consiguiente, fue una organización privada la que decidió traer la compañía de *kanaks*. Oficialmente, se trataba de que los oceánicos mostrasen su cultura a los parisinos. Pero, en realidad, fueron presentados como caníbales en un cercado junto a los cocodrilos.

Todos los documentos recogidos en esta novela son auténticos (salvo los de las páginas 222-223, al final del capítu-

lo 37), y los conocemos gracias al trabajo de Joël Dauphiné, gracias a cuyo exhaustivo estudio *Canaques de la Nouvelle-Calédonie à Paris en 1931. De la case au zoo*¹ (L'Harmattan, 1998) he podido escribir esta novela.

ANNELISE HEURTIER

1. «Los canacos de Nueva Caledonia en París en 1931: de la cabaña al zoo».

Febrero

1930

Si había algo que Georges Bartholomoy detestaba, era que le molestaran cuando se estaba fumando un puro.

Y en aquel momento, acomodado en su sillón, cuyos reposabrazos lucían la pátina de años y años de animados debates, precisamente acababa de encenderse un grueso habano. Era toda una joya, reconfortante y sutil, con notas de caramelo y de cuero, que le había descubierto su proveedor de la calle Saint Honoré. Su único defecto era el precio, que había tenido que desembolsar de su bolsillo, pues las finanzas de la Federación ya no permitían costear esa clase de pequeños placeres.

La puerta se abrió justo cuando Georges Bartholomoy daba la segunda de las tres caladas destinadas a encenderlo. Por la sorpresa se tragó el humo y le dio un ataque de tos más que desagradable. En pocas palabras, le ardía la garganta.

Tenía ante sí a Maurice Seguin, viejo amigo y secretario general de la Federación Francesa de Antiguos Colonos, la FFAC.¹ Este parecía haberse librado milagrosamente de esa

1. La FFAC era una organización que reunía a funcionarios y militares que habían servido en las colonias francesas.

modorra corporal que lo caracterizaba, tenía los ojos abiertos como platos, estaba sudoroso y en mangas de camisa.

—¡Canacos! —exclamó Seguin alzando hacia el techo su índice triunfal.

Bartholomoy se había levantado, no tanto para dar la bienvenida a su amigo como para intentar recobrar la respiración normal. Le picaban los ojos y la irritación se le había subido a la nariz. ¡Un puro tan caro!

—¡Bueno!, ¿y qué pasa con los canacos? —dijo Bartholomoy, tosiendo en un pañuelo que se había sacado del bolsillo—. ¡Que yo sepa, no están a las puertas de París!

Seguin se aproximó a su amigo y le agarró los brazos.

—¡Pues que esa es la solución a nuestros problemas de tesorería! ¡Los canacos! ¡Canacos en París!

Bartholomoy se zafó de los brazos de Seguin para dejar su puro, apagado, en un cenicero de nácar traído de Tonkin o de la Cochinchina, ya no lo recordaba... Con el tiempo y el desarrollo del imperio colonial, la Federación se había convertido en un auténtico gabinete de curiosidades.

—¡Pero explícate de una vez! ¡Esto no hay quien lo aguante!

Seguin se dirigió al sofá y se dejó caer en su sitio habitual, a la derecha, lo más lejos posible de la chimenea (siempre sudaba tanto que huía de cualquier fuente de calor superfluo).

—De acuerdo. Ya sabes, por supuesto, que el año que viene se va a celebrar la Exposición Colonial en el bosque de Vincennes.

Bartholomoy no se tomó la molestia de contestar. Evidentemente. La Exposición Colonial de 1931 era ya el centro de todas las conversaciones. A todas luces iba a ser grandiosa, dedicada por completo a la gloria de la misión civiliza-

dora de la Tercera República. Sería el acontecimiento de la década. Estarían representadas doscientas colonias, desde Gabón a Guyana, pasando por el Protectorado de Marruecos o las Indias. Cada una ocuparía un pabellón que reflejase la arquitectura de su territorio. Según las últimas noticias, habría un ferrocarril en miniatura y se iban a fletar cuarenta y seis barcas que harían las delicias de los visitantes, por no hablar de los restaurantes, las fiestas y los desfiles callejeros. Los parisinos vivirían una experiencia única: dar la vuelta al mundo en un día, aprendiendo además un montón de cosas y toda una lección de humanidad. Era una prueba más de que los beneficios de la colonización se extendían más allá de las fronteras de los territorios en cuestión.

Seguin continuó:

—Sé de buena tinta que no se va a enviar a ningún canaco. La construcción del pabellón de Nueva Caledonia ya va a costar más de 375.000 francos y los consejeros generales no pueden gastar ni un céntimo más.

Marcó una pausa misteriosa, que empleó en ensortijar la punta de sus bigotes, retorcidos hacia arriba al estilo 1900.

—Es nuestra oportunidad, Georges. ¡Aprovechemos esa ausencia y nos traemos un grupo!

—¿Para qué? —preguntó Bartholomoy, echándose a reír.

—¿Cómo que para qué? ¡Pues para exponerlos, claro! Los canacos siempre tienen mucho éxito, bien que lo sabes.

Bartholomoy asintió con la cabeza. Conservaba un vívido recuerdo de la última exhibición de canacos, en 1889, cuando tenía ocho o nueve años. Después de aquello se pasó semanas con sus hermanos «jugando a los canacos», se divertían muchísimo aterrorizando a la asistente con sus muecas y berridos.

—Ofreceremos un espectáculo diferente y mucho más fascinante que el de un indígena inocentón mostrando sus artesanías —prosiguió Seguin—. ¡Canacos! ¡Pero unos canacos sedientos de sangre!

Divertido, Bartholomoy se metió los pulgares en los bolsillos de su pantalón.

—¿Canacos sedientos de sangre? Me parece que estás olvidando un pequeño detalle. El propio mariscal Lyautey ha dicho que no se tolerará «ninguna monstruosidad indígena indigna de la República» en el recinto de la Exposi...

Con un gesto de la mano, Seguin le cortó la palabra a su amigo.

—Espera, no he terminado.

Se inclinó hacia delante, ofreciendo a Bartholomoy el escasamente atractivo espectáculo de su frente sudorosa.

—Escúchame bien, aquí reside toda la sutileza de la maniobra: para mantener el control sobre el contenido de la exposición, expondremos a los canacos *al margen* de la Exposición Colonial. En el Jardín de Aclimatación, al lado de los cocodrilos. Me lo acaban de confirmar: es posible alquilar un cercado a un precio de lo más razonable.

Seguin sacó pecho. Bartholomoy se levantó y fue a apostarse junto a la ventana, bordeada de cortinas con motivos geométricos escogidos por su esposa, que siempre estaba a la última moda. Tenía un gusto impecable, aunque un poco dispendioso. ¿Pero acaso ambas cosas no iban de la mano?

Bartholomoy echó un vistazo distraído a la calle. Traer a los canacos sería muy caro. Y no había garantías de recuperar la inversión. Las finanzas de la Federación ya iban bastante mal como para montar semejante proyecto por un

arrebato. Y, como presidente de la Federación, Bartholomoy debía actuar con circunspección. Medura. Discernimiento.

Desde ese punto de vista, preguntó:

—¿Y por qué no jirafas o hienas? Sería igual de exótico. Y más razonable, se mire como se mire.

—¡Pues por la emoción, amigo mío! ¡La emoción! —exclamó Seguin, alzando los brazos al cielo—. Ya sabes que estoy muy metido en los salones —añadió, entornando el ojo izquierdo y en un tono de voz más compacto—. Me he enterado de que André-Paul Antoine y Robert Lugeon van a presentar pronto un cortometraje que han rodado en las Nuevas Hébridas. Nuevas Hébridas y Nueva Caledonia, para la gente de a pie, lo mismo da que da lo mismo.

—Eso está claro.

—La película se va a llamar *Chez les mangeurs d'hommes*.² Y promete escenas... crujientes. ¡Con eso se pueden volver a poner de moda los oceánicos! Y prepararía el terreno para nuestra exhibición.

Bartholomoy se acercó al sofá para regañar a su amigo.

—Pero vamos a ver, Seguin... tú y yo, por nuestra posición, sabemos que gracias a los beneficios de nuestra presencia en el lugar, los canacos han acabado por librarse de esa dichosa manía de la antropofagia.

Seguin arqueó la ceja maliciosamente.

—Sí, pero el público no lo sabe.

Bartholomoy asintió con la cabeza, pensativo. A fin de cuentas, era un hecho de lo más curioso: a pesar de su participación (forzada, es cierto) en la Gran Guerra, del lado de

2. «En la tierra de los devoradores de hombres».

la patria, la gente seguía pensando que los canacos eran los peores salvajes que hayan existido en la tierra. En realidad, daba la impresión de que la gente se deleitaba un poco con ello. O que se deleitaba, a secas.

Seguin se levantó, resollando, antes de venir a plantarse delante del presidente.

—El público quiere estremecerse, quiere pasar miedo, quiere ver... —marcó una pausa— animales.

Y le pasó el brazo por la espalda, como para atraerlo mejor a sus pensamientos.

—Vamos a ofrecérselos. Ofrezcámosle un viaje a las profundidades de la inhumanidad. Los caníbales de Nueva Caledonia. ¿Es que no ves la muchedumbre agolpándose contra las rejas, las esposas temblando de miedo del brazo de sus maridos, los niños a quienes han prometido cocodrilos y salvajes... y además, cucuruchos de chucherías?

Bartholomoy se imaginaba perfectamente la escena. Los indígenas podrían bailar el *pilou-pilou* y devorar carne con las manos.

—Podríamos hacer una oferta —continuó Seguin, embalado—. Cocodrilos y canacos, ocho francos por las dos visitas. O incluso un abono para venir todos los domingos. Voy a calcularlo bien. Pero estoy convencido de que, con un poco de destreza, puede generar un pingüe beneficio. Y eso nos permitiría pagar las deudas y financiar nuestras próximas acciones. ¡Hace siglos que venimos anunciando la construcción de un orfanato en Toulouse!

Bartholomoy ocultó su malestar volviéndose para buscar su puro. Quizás el traslado de la Federación a estas nuevas oficinas de doscientos metros cuadrados no había sido su mejor decisión.

—¿Por qué no? —masculló el presidente—. Es para considerarlo.

—¡Es para considerarlo rápidamente! Una empresa así requiere anticipación. Hacen falta más de dos meses para llegar a Francia desde Nueva Caledonia. Sin contar con que necesitamos el consentimiento de Guyon.

Ante esas palabras, Bartholomoy recuperó una postura de confianza. En cuanto a eso, no sería más que un mero formalismo. El gobernador de Nueva Caledonia, Guyon, era un amigo. De eso se encargaba él.

—Entonces, dame las cifras. Además del viaje, habrá que alojarlos, vestirlos, alimentarlos. Y en el Champ de Mars no crecen ñames.

Cogió una cerilla del portafósforos de bronce y la frotó contra la parte rugosa para acercarla al extremo de su puro. Enseguida exhaló un aroma reconfortante.

Canacos. ¿Por qué no?

Y sobre todo, ¿qué podía ser más tangible para apoyar la misión civilizadora de la colonización, ahora que algunos iluminados se permitían cuestionarla? Mostrar al pueblo parisino en qué primitivo estado habíamos encontrado a esas poblaciones sería mucho más eficaz que la mejor argumentación.

Bartholomoy dio una larga calada a su puro.

Sin contar con que, a buen seguro, los canacos estarían encantados de venir a París.

Sí, desde ese punto de vista, era casi una buena acción.

Enero

1931

1

Jean Pourrot se sacó el reloj de leontina del bolsillo de la chaqueta. Las manecillas indicaban las nueve y seis minutos, lo cual significaba que llevaba seis minutos de más sudando al pie de la escalinata de aquel hotel, esperando a que vinieran a recogerlo. ¡Diablos, qué humedad había en ese paraje! Un poco más y casi envidiaría a aquellos indígenas, a quienes nunca parecía afectar el clima.

Bueno, envidiarles era mucho decir, porque por supuesto el sino de aquellos pobres diablos no era nada envidiable. Igual que el sino de cualquiera que viviera en aquel territorio, de hecho. No era de extrañar que Napoleón hubiera creado una penitenciaría allí. El calor era tórrido, las ciudades, ruinosas y la comida, infame. Sin contar con las pulgas y los mosquitos, que no parecían aspirar a nada más que

a torturar a la población. Razón de más (si es que hiciera falta) para resolver cuanto antes la misión que la FFAC le había encomendado.

Jean Pourrot tenía el encargo de llevar a París a una comarsa de canacos, y deseaba estar a la altura de lo que se esperaba de él. No podía equivocarse en lo más mínimo, *debía* tomar las decisiones correctas. El presidente Bartholomoy lo había dejado muy claro: de ello dependía el éxito de la operación (y con ello, el buen pellizco que le habían prometido).

Así pues, al cabo de una semana luchando contra el mareo, Pourrot había aprovechado los dos meses de viaje en barco para preparar mejor el asunto.

Siendo de natural menesteroso y aplicado, lo primero que había hecho era documentarse: ensayos etnográficos (la obra del pastor Leenhardt¹ era primordial), informes económicos, revistas científicas, políticas y sociales, y también algunas novelas, una de las cuales era una ficción publicada recientemente y que estaba teniendo cierto éxito en París. Fue el propio secretario general de la FFAC, Seguin, quien se la había entregado, con aspecto de entendido, indicándole que esa historia de brujos o *Takata* reflejaba a la perfección *las expectativas del público parisino*.

Como era de esperar, en ella uno se encontraba a los canacos descritos como «gorilas» y «simias» carentes de cualquier sentimiento humano, dedicados únicamente a bailar como animales rabiosos, devorar la carne de sus semejantes o librarse a apareamientos frenéticos.

1. Pastor y etnólogo francés, pasó más de veinte años en Nueva Caledonia como misionero protestante. Estudió de cerca el pueblo *kanak* y publicó numerosos estudios y ensayos.

Pourrot, que se creía curado de espantos tras numerosos años de servicio en las cuatro puntas del mundo, casi creyó que era una broma. ¡La FFAC no le estaría planteando *en serio* que trajera autóctonos que correspondieran con ese imaginario!

A no ser que se tratase de una maniobra destinada a no pagarle... pero eso sería conocerle muy poco. No era un hombre que se dejara timar. Y de todas formas, eso no iba a ocurrir, porque ya lo tenía todo previsto. La FFAC tendría el espectáculo que reclamaba.

El sonido de unos pasos sacó a Pourrot de sus pensamientos. Alguien salía del hotel, un europeo arrugado por el sol y sofocado dentro de un traje informe, con un cigarrillo colgando de la punta de los labios. Todo en su aspecto y su forma de ser indicaba que, allí en Numea, estaba en su casa. Se saludaron con un gesto con la cabeza. Pourrot no pudo evitar preguntarse qué habría venido a hacer ese hombre en aquel infierno. ¿Sería un aventurero que había querido probar suerte en el algodón o el café? O el hijo de un antiguo presidiario. Después de todo, al salir de la cárcel les habían entregado las tierras de los indígenas.

¡Qué extraño sería pensar que tu mitología familiar se basa en insurrecciones, asesinatos o robos! Pourrot tuvo el reflejo de aferrar con fuerza el asa de su maletín. No era momento de que se lo robaran. Contenía expedientes de la mayor importancia, entre otras cosas los «perfiles tipo» que había establecido y de los que se sentía muy satisfecho. Precisamente, se dirigía a presentar su trabajo al comandante Harel, jefe del Servicio de Asuntos Indígenas de la gendarmería. Los gendarmes conocían muy bien las tribus y a sus habitantes. Pourrot contaba con ellos para localizar

una primera serie de candidatos, a partir de la cual podría realizar su propia selección.

En fin, eso si alguien se dignaba a venir a buscarlo. Se rascó la pantorrilla con el pie. Tenía que agenciarse como fuera un frasco nuevo de petróleo. Desde que se había quedado sin nada para friccionarse las piernas, los mosquitos se lo estaban merendando. Una de las picaduras incluso se había transformado ya en herida, y tenía muy mala pinta.

Esa era justamente la clase de detalles en los que tenía previsto fijarse. Las personas que enrolase debían gozar de perfecta salud. La colonización no podía asociarse a la visión de indígenas enfermizos o de viejos achacosos.

Y además, el público venía para pasar miedo, no para echarse a llorar de pena. Lo que quería eran hombres en la flor de la vida, hombres de ademán brutal y firme, que con su andar invocasen las tinieblas del bosque y el poderío de la vida salvaje. Quería músculos salientes y arcos ciliares prominentes, a imitación de las descripciones que había anotado de sus lecturas. Innegablemente, los dientes afilados serían un plus, aunque la idea de examinar todas esas dentaduras no es que le volviera loco.

Respecto a las *popineas*,² había decidido no quedarse más que con mujeres casadas. El espectáculo debía ser familiar; sería de lo más contraproducente presentar a jóvenes mu-chachas desnudas, visión potencialmente agradable pero a la cual ninguna madre de familia con dos dedos de frente desearía someter a su esposo.

En cuanto a los niños y niñas, aún tenía dudas. Ciertamente, una pareja con una criatura causaría un efecto inme-

2. Término referido a las mujeres *kanak*.

jorable. Los visitantes se enternecerían, y todo lo que suscita emociones, sean cuáles sean, es bienvenido. Pero en París hacía frío, y no había que pasar por alto el riesgo de que uno u otro estirase la pata allí mismo. Y la sociedad había cambiado. Un asunto como el de aquella pequeña fueguina que murió en su recinto apenas dos meses después de llegar, durante la Exposición Universal de 1889, no pasaría desapercibido ahora. Y tarde o temprano, le caería el muerto a él.

Así que lo vería caso por caso, en función de la lozanía y el interés de los niños o niñas que le presentasen.

Pero lo que le había generado más quebraderos de cabeza era la cuestión de los jefes. Los canacos vivían en tribus, bajo la autoridad de jefes. Si quienes enrolase venían de lugares diferentes, ¿cómo hacer que coexistieran varios cabecillas en el mismo grupo? Eso sin contar con el problema del idioma. Según los documentos que había consultado durante el viaje, se habían atestiguado más de veintiocho lenguas en Nueva Caledonia. ¿Cómo lograría entenderse toda esa cuadrilla? ¿Cómo asegurarse de que no acabarían por darse todos de guantazos?

En ese aspecto, su entrevista con el gobernador adjunto le había tranquilizado. La Administración francesa había paliado ese problema hacía tiempo, nombrando ella misma a los jefes de las aldeas. Ya no había mucho riesgo de que se matasen unos a otros por sabe Dios qué tragedia folclórica. Ahora, los dirigentes de los clanes ya no hacían gran cosa, aparte de mantener un poco de disciplina y recaudar impuestos.

En cuanto a la barrera lingüística... ¡ya no existía! Gracias a la providencial instrucción de la República, todo el mundo hablaba francés, aunque fuera más o menos.

Por último (y, desde luego, ese era el factor determinante), había que escoger a los más dóciles. Los canacos eran conocidos por no dejarse manejar, y de ninguna manera podían encontrarse con una insurrección entre las manos; ya habían tenido suficiente con las de 1878 y 1917.³ Cual hábil estrategia, Pourrot había decidido no enrolar más que en ciertas zonas del archipiélago, donde los indígenas tenían fama de ser menos levantiscos. Había pensado en el distrito de Canala, pero sobre todo en las islas de la Lealtad. Allí los autóctonos acumulaban menos rencor, porque no les habían quitado sus tierras para dárselas a los presidiarios y los colonos. No les habían desplazado sus aldeas ni barrido sus costumbres. ¡Podían considerarse afortunados por todos esos pequeños arreglos! Pero, como siempre en casos así, esos desgraciados ni siquiera se daban cuenta.

Por fin, la silueta traqueteante de un vehículo de la gendarmería se paró ante el hotel. Pourrot se ajustó el salacot⁴ y se atusó las cejas con un dedo húmedo.

Si todo iba bien, el enrolamiento podría comenzar desde el mismo día siguiente.

Después, habría que apresurarse. Si quería que todo saliera bien para él, era necesario que los enrolados subieran al barco por su propio pie, y para ello usaría todos los medios necesarios. Uno de ellos consistía en no darles tiempo para reflexionar. Y había otros.

3. En 1878, el pueblo *kanak* se rebeló contra los colonos. La insurrección, guiada por el gran jefe Atai, se saldó con doscientos muertos del lado europeo y más de mil del lado melanesio, lo cual distanció más aún a las dos comunidades. En 1917 tuvo lugar una nueva revuelta, motivada por la presión de la guerra sobre Nueva Caledonia (reclutamiento de *kanaks* para el frente y problemas de abastecimiento a nivel local). De nuevo se saldó con muerte y violencia.

4. Casco colonial.

Esta traducción ha recibido una ayuda del Centre National du Livre
Agradecemos su colaboración



Título original en francés: *Des sauvages et des hommes*

Publicado por primera vez por Casterman

© del texto: Annelise Heurtier, 2022

All rights reserved

© del texto: Annelise Heurtier, 2024

© de la traducción: Cristina Ridruejo Ramos, 2024

© de la fotografía de la cubierta: Collection Radauer/humanzoos.net

© del epílogo: Antumi Toasijé, 2024

© de esta edición: Milenio Publicaciones, 2024

C/ Sant Salvador, 8 - 25005 Lleida

editorial@edmilenio.com

www.edmilenio.com

Primera edición: marzo de 2024

ISBN: 978-84-19884-58-9

DL: L 27-2024

Impreso en Arts Gràfiques Bobalà, S.L

www.bobala.cat

Printed in Spain

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <www.cedro.org>) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.